

Elíseo Diego

MARIO PARAJÓN

Ha muerto en México, luego de recibir el premio Juan Rulfo, el poeta cubano Eliseo Diego. El óvalo de la cara se le afinó en los últimos años, luego de un infarto en la década del setenta. Tomó aquel ataque al corazón con espíritu de humorada británica. "¿Me sentiré así en mi última hora, cuando me llegue la de dar cuenta?", me escribió por entonces. Ya le ha llegado. Me dicen que la agonía fue muy breve y casi al despertar: le faltó la respiración y murió probablemente invocando al Dios en cuya presencia transcurrió su vida. Hasta me digo que hizo la transición sin violencia. Ya estaba un poco más allá de la superficie de lo que pisamos; siempre lo había estado y si atraía su persona era en gran medida por esa no excesiva pertenencia suya a este mundo. Eliseo tenía

«Eliseo tenía algo de aparecido. No porque pareciese inmaterial, sino porque parecía hecho de otra materia diferente a la nuestra.»

algo de aparecido. No porque pareciese inmaterial, sino porque parecía hecho de otra materia diferente a la nuestra.

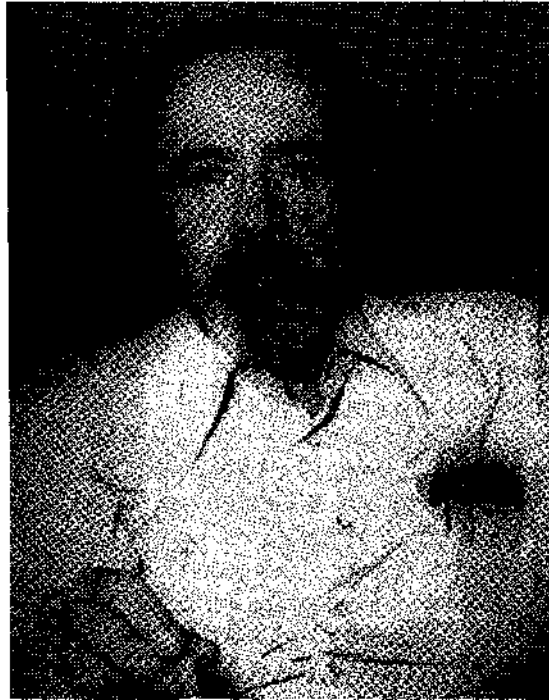
Lo conocí en 1949. Acababa él de publicar *En la Calzada de Jesús del Monte*, su segundo libro. Un cuaderno rojo, letra impresionante por la elegancia de su negro; reposo; pesadumbre de vida que se transmuta en gravedad; reverencia ante cada objeto que enseña y produce el universo; una conciencia del tiempo como la marejada imponente de lo que no huye, pero permanece de una manera turbadora que puede enloquecernos; y sobre todo el respeto más hondo, más intenso, más estremecido por la sagrada realidad que es ella misma tocada por el nombre de las cosas. "Voy a nombrar las cosas/ los sonoros altos que ven

festejar al viento", dice al principio de uno de sus poemas.

No se puede leer a Elíseo sin trascender todo el anecdótico de la vida y deshacerse hasta de la autobiografía y de la historia. Sólo se percibe el olor de la ciudad, la presencia de unas viejecitas "dulcemente locas", la "meditación redonda de las lomas", el reconocimiento del que sabe que se desconoce y la maravilla de unos tipos de letra encontrados al azar en el sótano de una biblioteca. Se sabía de memoria a Rubén Darío, pero nadie más alejado de ese ritmo, ese color, esa copa de champán y esa risa de la princesa Eulalia. La sensualidad de Eliseo era la de la *Calzada* en que "la demasiada luz forma otras paredes con el polvo", la del árbol milenario y la del muro del mediodía, "terso y añil e interminable". Si en Hispanoamérica hubo algún poeta al que se le pareció fue al Borges de los patios de Buenos Aires.

Creo que esta es la clave para hacer intimidad con su obra. Eliseo ha sido el gran puritano de la poesía cubana. No en lo que el puritano tiene de moralista, sino en lo que tiene de grave, apesadumbrado, escueto y sobrio en su expresión, misterioso a fuerza de púdico y alarmado por la constancia estremecedora que deja de los avisos que recibe.

Su alejamiento de lo sensual y hasta de lo sexual se debe a su manera de advertir en la realidad no tanto formas que incitan al goce o a la posesión, como signos que revelan otras capas de lo real que esconden secretos cuya manifestación se oculta a los ávidos. Se parecería mucho a Rilke si hubiera sido un refinado solitario con alguna remota huella dandy. Pero aquí es donde se adelgaza la cuestión: Eliseo se aplica como Rilke a ponerse a la escucha de lo inaudible, pero esto lo hace desde una escritura ya hispánica y criolla: la del pobre de solemnidad, sin



Eliseo Diego.

lo cotidiano de Antonio Machado, pero con algo socarrón que se mezcla a sus andanzas por la región de lo misterioso. Entra en ella con llaneza delicada, sin campechanía y sin dejarse arrebatar. Con el tiempo esa naturalidad toma un poco su venganza, le amanaera mínimamente el verso y hasta lo obliga a una serie de adjetivos y epítetos que parecen implantados antes o después del sustantivo que casi arrasan. Entonces es cuando Eliseo parece un rey de la poesía, que casi se calcina, una poesía que podría hacerse polvo si recibiera un solo golpe, pero que no lo recibe ni puede recibirlo.

¿Por qué? El mismo lo dice en la dedicatoria de *Por los extraños pueblos*: "¿Y para qué sirve un libro de poemas?, preguntarán ahora, obedientes, mis hijos. Servirá para atender, les respondería. Maestros mayores les dirán, en palabras más nobles o más bellas, qué es la poesía; básteles entretanto si les enseño que, para mí, es el acto de atender en toda su

«Elíseo se aplica como Rilke a ponerse a la escucha de lo inaudible, pero esto lo hace desde una escritura ya hispánica y criolla: la del pobre de solemnidad»

pureza. Sirvan entonces los poemas para ayudarnos a atender como nos ayudan el silencio o el cariño. No es por azar que nacemos en un sitio y no en otro, sino para dar testimonio. A lo que Dios me dio en herencia he atendido tan intensamente como pude; a los colores y sombras de mi patria; a las costumbres de sus familias; a la manera en que se dicen las cosas; y a las cosas mismas —oscuras a veces, y a veces leves. Conmigo se han de acabar estas formas de ver, de escuchar, de sonreír, porque son únicas en cada hombre; y como ninguna de nuestras obras es eterna, o siquiera perfecta, sé que les dejo a lo más un aviso, una invitación a estarse atentos. A estar, mejor que estuve yo nunca, en lo que Dios nos dio en herencia". Cuando yo lo conocí estaba a punto de ser el padre de los gemelos que hoy se llaman Eliseo Alberto y Fefé, heredero aquel de su talento poético. El nombre del primogénito era Constante como el abuelo paterno, un joyero que casó en segundas nupcias con una señora que enseñaba inglés en el *Community House* y que era muy fina y que perdió pronto el oído. Por eso Eliseo había leído tanta literatura inglesa. Quiero añadir que le encantaba el español clásico, no sólo

«Era un gran señor "a la criolla" y con rasgos muy suyos: temeroso y de soterrada dignidad, irónicamente reverente y compasivo en alto grado.»

el de la plenitud del siglo XVI, sino el anterior, ese que balbucea desde la glosa si-ense hasta el Cid y su muy que-rido Infante don Juan Manuel.

"Séanos concedido hablar, con más que tiempo, en otro espacio libre. Yo por esto ruego". Así escribía él en la última línea de la dedicatoria de su *Calzada* refiriéndose a su conversación con los amigos. Su poesía no era más que el "eco suave" de esa conversación afinando en todos esos mecanismos perceptivos en los que tan apasionadamente creía. Y ojalá que su muerte sea el eco suave de la paz por la que suspiran hoy varios millones de cubanos. Él se alegraría escuchando el rumor de la tierra que cae sobre su féretro y que tal vez ha recibido como lluvia bienhechora en el cristal de su ventana.

Era un gran señor "a la criolla" y con rasgos muy suyos: temeroso y de soterrada dignidad, irónicamente reverente y compasivo en alto grado. Yo nunca creí demasiado que era un ser completamente real y por eso ahora me cuesta imaginarlo en esa especie de irrealidad con que se nos presenta la muerte.